

La Guerra y los Niños

O.C. tomo X

por

Miguel de Unamuno

(1)



MI hijo menor tiene 5 años y el que le precede en edad 9. Ahora, es natural hablar de la guerra, de los alemanes y los austriacos y los rusos y los franceses y los belgas y los ingleses y los japoneses y los turcos todos los días. Es de lo que oyen hablar. Y nutren su imaginación con los grabados que ven en los semanarios ilustrados y en otras publicaciones. Y juegan a la guerra y cada uno de ellos se siente ruso o alemán o francés o lo que sea según cree que vencen unos u otros. El niño, y en esto no se diferencia gran cosa del grande, quiere ser siempre del que vence, del que puede mas. Toda la cuestión se reduce a esto: quien puede más!

“Pero que vulgaridades nos está diciendo este hombre...”—se dirá el lector. Y con mucha razón. Mas reclamo mi derecho a la vulgaridad y sostengo que a él, al lector, le conviene de vez en cuando oírlo, tiene el deber de oírlo. Pues bien, prosigo y digo que ante mis dos hijos pequeños me pregunto que impresión les quedará para el resto de su vida, para siempre, en los cimientos de su espíritu, de las noticias de esta guerra. Juzgo por mí mismo que me siento conmovido hasta lo más hondo por ella, que apenas sé pensar en otra cosa ni hablar ó escribir de otra. Pero luego recapacito, me fijo en que cuando yo tenía la edad de mis últimos hijos, seis años, en 1870, ocurrió la guerra franco-prusiana, y que



nada, absolutamente

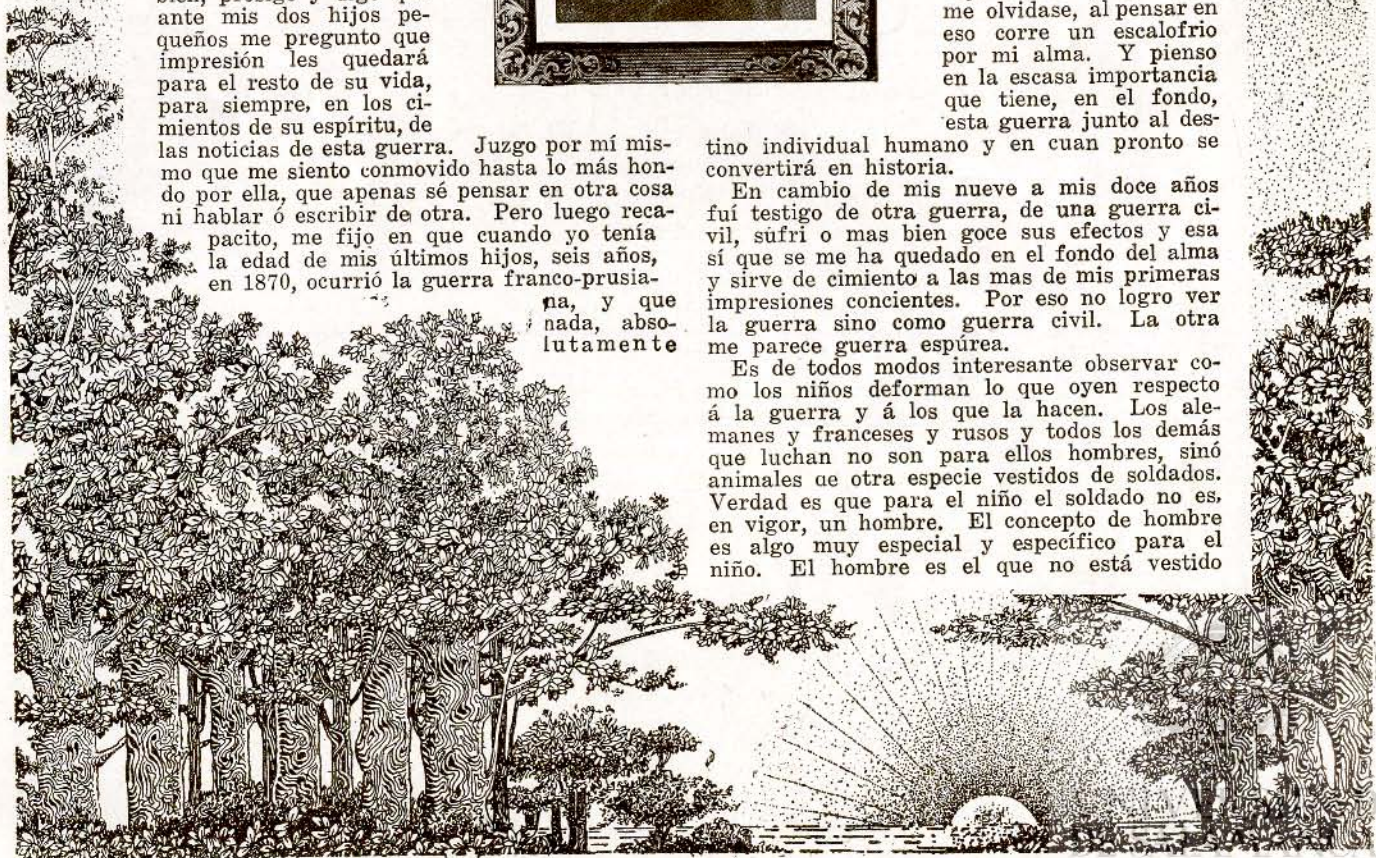
nada me acuerdo de lo que se la comentaría, de lo que diríamos en nuestros juegos los niños, imaginándonos ya franceses, ya prusianos, de lo que las estampas que entonces veríamos nos sugirieran. No me acuerdo nada, absolutamente nada, de la impresión que la guerra franco-prusiana, oída contar, nos dejara a los niños de seis años del Bilbao de 1870. Es mas; mi padre murió en aquel año y no puedo decir que me acuerdo de él. Solo se me aparece—y lo he narrado en mis *Recuerdos de niñez y de mocedad*—unido a la revelación para mí del misterio del lenguaje, de que hay otros hombres que hablando de otro modo que nosotros y para nosotros ininteligible se entienden entre sí.

Al pensar en eso, en que no me acuerdo de mi padre que murió teniendo yo seis años y ocurrírseme el que pudiera morirme yo ahora, dejando de seis años a mi hijo menor y que éste me olvidase, al pensar en eso corre un escalofrío por mi alma. Y pienso en la escasa importancia que tiene, en el fondo, esta guerra junto al des-

tino individual humano y en cuan pronto se convertirá en historia.

En cambio de mis nueve a mis doce años fui testigo de otra guerra, de una guerra civil, sufrí o mas bien goce sus efectos y esa sí que se me ha quedado en el fondo del alma y sirve de cimiento a las mas de mis primeras impresiones concientes. Por eso no logro ver la guerra sino como guerra civil. La otra me parece guerra espúrea.

Es de todos modos interesante observar como los niños deforman lo que oyen respecto á la guerra y á los que la hacen. Los alemanes y franceses y rusos y todos los demás que luchan no son para ellos hombres, sinó animales de otra especie vestidos de soldados. Verdad es que para el niño el soldado no es, en vigor, un hombre. El concepto de hombre es algo muy especial y específico para el niño. El hombre es el que no está vestido





MIENTRAS TANTO.

DÓNAME el talismán de tu alegría,
Señor, y sopla siempre sobre el fuego
que encendiste en mi sér; y, te lo ruego,
déjame hacer mis versos cada día.

Que sea yo como aquel héroe griego
que, cantando, las piedras recogía;
ó logre hacer que me las tire el ciego
que tiene ojos y niega el mediodía...

Y por ser en mi vida el abrileño
jardinero divino del Ensueño,
haz, que por una gracia transitoria,

se cubra de corolas, noche y día,
la madreSelva de mi Poesía
bajo los aguaceros de la Gloria...

COMO EL CRISTAL.

ASI ha de principiar esta obertura:
oremos por la envidia con que el bombo
mira á la luz del sol, y por el bombo
émulo de la flauta en la espesura.

Rezo tambien esta plegaria pura
por la peña que imita al Momotombo
y por el gavilán que cruza el rombo
de mi ventana llena de dulzura...

Y por la perla que encontró su oriente
en mi interior, y por la maravilla
de luz de mis atmósferas mentales;

y porque, por milagro transparente,
mi corazón dentro del verso brilla
como el sol á través de los cristales...

A UN MELENUDO.

QUIERO sobre una concha nacarada
poner el agua más lustral y buena
para bañar la lírica melena
de mi más melenudo camarada.

Quiero de abejas una desbandada
—como quien alborota una colmena—
y el peine grásil de una Magdalena
para ésa cabellera alborotada...

Sacudir las románticas pelucas
y que salgan huyendo madrigales,
es decir, mariposas, á las nuças;

ó, entre un minué de reinas peregrinas,
que rueden las melenas imperiales
bajo las victoriosas guillotinas...

Rafael Helguera Valle

La guerra y los niños

(2)

de soldado, ó de cura, ó de alguacil, ó de guardia, ó de señor. El hombre es el... idiota pobre. Y empleo aquí la palabra idiota en su sentido primitivo y etnológico; un particular, uno que no pertenece á una casta ó profesión determinada. Para el niño un hombre es un particular pobre. Casi lo que se llama también un trabajador.

La guerra le sirve al niño para hacer mitología y al grande tambien. Y el mitologizar es la verdadera vida interior del niño.

El otro día, un día muy ventoso, salió de paseo mi hijo menor y un fuerte golpe de viento le arrabato la gorra. Y al volver á casa le dijo á su hermano mayor que es recluta y á quien le ha visto varias veces de uniforme:—"Mira, Fernando, vístete de soldado, coje el machete, llama á los demás soldados y vais á cortarle la cabeza al Viento cuando esté dormido!" Para ir á cortarle al viento la cabeza hay que ir vestido de soldado porque solo así se puede llevar machete y hay que esperar á que esté dormido. Y todavía habrá quien pregunte como nació el mito de Eolo? Así, de una vez.

Pero otra lección les trae la guerra á los niños. Y es que salen de casa, oyen al maestro y oyen lo que les cuentan otros niños que han oído en sus casas y vienen diciendo que pueden más estos ó aquellos ó que tales ó cuales son los más brutos y en casa les decimos lo contrario, que no, que no pueden más aquellos que han dicho sino los otros, y que no son los tales, sino los cuales los más brutos. Y aprenden que disintimos unos de otros los mayores y que nos contradecimos y que hay otra guerra debajo de aquella y en su reflejo ideal. Y tal vez luego al decir uno:—"los rusos son los que pueden más, que lo ha dicho mi papá!" y replicar el otro:—"no! ¡los que pueden más son los alemanes, que así dice mi papá!" se van luego á discutir la respectiva autoridad de sus padres y se llegan á las manos y arman una guerra. Y el caso es que no ya solo ellos, sino probablemente tampoco sus padres saben á ciencia cierta quien puede más ni acaso que es eso de poder más ó menos.

No, del reflejo de la guerra poco ó nada les quedará á estos pequenuelos en el fondo del alma, pero del reflejo del estado de ánimo en que la guerra nos pone á los mayores, de esto sí que les puede quedar mucho. De lo que oiga contar de la guerra un niño de seis ú ocho años apenas le quedará rastro pero si su padre fué furibundo odiador de uno cualquiera de los beligerantes, un *equis-fobo* cualquiera, y en la mesa familiar, á la hora recojida y solemne de comer en común, se dejó ir hasta expresar sus odios y execrar á uno de los pueblos en lucha, de esto sí que se puede acordar mientras viva. No de á quien odiaba, sino de que odiaba. Y aunque no se acuerde precisamente del hecho concreto, de la expresión circunstanciada del odio, el oírle á su

padre expresarse airado y rencoroso es cosa que descenderá á los cimientos de su espíritu, á aquel último fondo en que palpita lo olvidado por la memoria. Y esto ya no es mitología.

¡No es mitología, no! Es algo peor. ¿Peor? No puede decirse que sea algo peor porque la mitología no es nada malo. Y eso otro que al fomento de las expresiones de odio se incubaba en el alma del niño es la superstición. Y la superstición no es precisamente mitología, aunque en alguna caso puedan engendrarse mutuamente. No me atrevería á decir que el aborrecimiento al Viento que se produjo en el alma de mi hijo y le llevó, mitologizando á pedir á su hermano mayor que le cortara la cabeza á aquel mientras dormía, sea un sentimiento supersticioso. Pero sí me atrevo á decir que si me oye hablar de los franceses, ingleses, alemanes, rusos ó lo que sean con odio concebirá un sentimiento supersticioso respecto á ellos.

Cuando era yo niño, durante la guerra franco-prusiana, no debí de haber oído hablar con odio ó con desprecio de ninguno de los dos beligerantes porque no me quedó sentimiento alguno supersticiosos á su respecto. Y como por otra parte, nuestra guerra civil vino casi á seguida de aquella, ésta borró la impresión de reflejo que pude haber recibido de la primera. Y de esta otra guerra, de la nuestra, de la civil, de esta sí que recibí sentimientos supersticiosos. Aún recuerdo la idea que de los carlistas tenía yo a mis diez años y la impresión que me produjo cuando ví a los primeros vestidos de tales, quiero decir a los primeros prisioneros carlistas uniformados, con sus boinas que ví. Pero los que me producian supersticioso terror eran los otros los carlistas misteriosos, los que habia oído que se reunian clandestinamente. en el fondo de las lóbregas lonjas, a conspirar. ¡Conspirar! ¡que palabra tan llena de enigmático conjuro! Conspirar era algo así como *vicio nefando* expresión que me causaba contracciones del corazón.

Las noticias que de la guerra oigan nuestros hijos pequeños, los grabados que de ella vean, los olvidarán de seguro, pero lo que no olvidarán y aunque lo olviden palpará viviente en su olvido, serán las expresiones de odio, de rencor, de desprecio, que sobre unos ú otros de los que luchan nos oigan a nosotros, los padres.

Nuestros grandes hombres.

Don Francisco Giner de los Rios.

(10 octubre 1839--18 febrero 1915.)

A L 18 del presente mes ha muerto en Madrid el hombre que compartió con Joaquin Costa, pero tocándole en ello una mayor parte y más intensa, el principado de nuestra dirección espiritual relativa á los problemas que más importan para la formación de un pueblo.

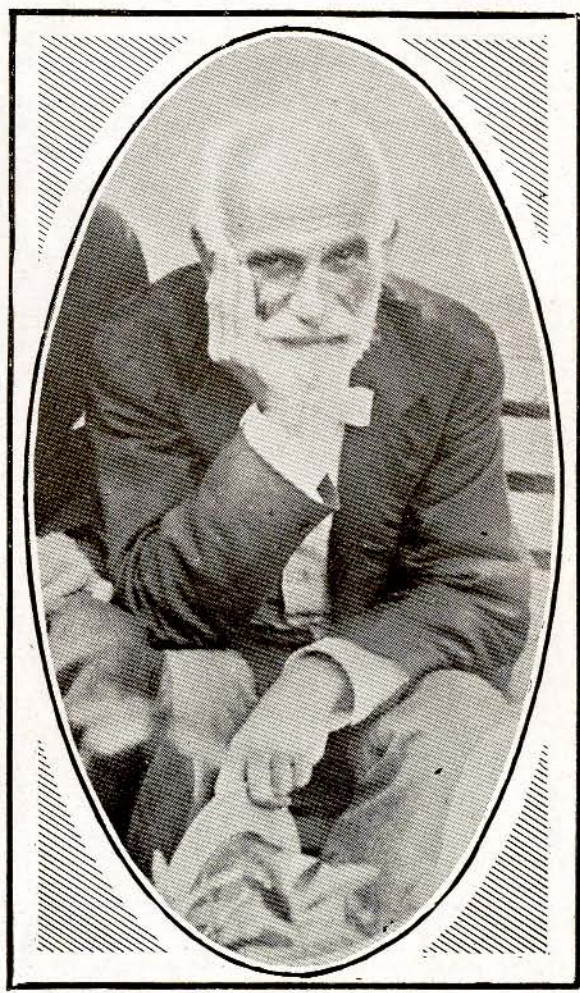
Ese hombre se llamaba Giner de los Rios para quienes lo conocian de lejos y superficialmente, y Don Francisco, á secas, para quienes gozábamos de su intimidad; y nos ha dejado cuando aún su inteligencia y las funciones generales de su organismo permitian la esperanza de un decenio más de vida activa é influyente.

Por el género de la que ejerció principalmente entre nosotros, su desaparición es más grave en estos momentos de crisis nacional en que la guerra europea coloca á casi todos los países del mundo y señaladamente á los que tienen, por diversos conceptos, estrechas vinculaciones con los beligerantes. Porque Don Francisco era el consejero y el padre de almas de muchos de los hombres que desde 1876 han figurado en la política, en la enseñanza, en el periodismo, en la ciencia, y el guía á que en las horas de duda, de preocupación ó de trabajo, acudía una gran parte de nuestra juventud "intelectual." Esta alta misión la ejercía Don Francisco como un verdadero apóstol,

sin haber pertenecido jamás á ningun partido político, ni haber desempeñado nunca el más insignificante cargo en la administración pública. A una y á otra cosa se habia resistido siempre;

y por lo mismo, no era académico de ninguna Academia, ni presidente efectivo ú honorario de la más modesta sociedad, ni consejero de Compañías ferroviarias ó industriales. Entregado plenamente, sin ambición de posiciones sociales, á su cátedra de la Universidad, á sus escritos de pedagogia, de filosofía del Derecho y de Arte y á la admirable obra de la Institución libre de enseñanza, en Don Francisco se realizó el milagro de que su autoridad intelectual y moral estuviere á cien codos de altura sobre la de todos los personajes que tienen por principal finalidad de su vida adquirir esa autoridad, aunque sea externamente como consecuencia del mando, ó mediante simulaciones que dan base á una falsa reputación, en la que concluye por no creer nadie más que el mismo interesado.

El prestigio de Giner era tan sólido, que lo reconocia todo el mundo, hasta los enemigos de sus ideas. Fundábase en su saber enciclopédico y extenso, y, más aún, en su condición moral intachable, en su desinterés nunca desmentido, en su tolerancia amplísima y en la solicitud bondadosa con que acudió



Francisco Giner de los Rios.